

Jorge Basadre o la pasión por la Historia *

CESAR PACHECO VELEZ

La muerte del historiador peruano Jorge Basadre Grohmann, el 29 de junio de 1980, en Lima, constituye sin hipérbole una pérdida irreparable en el ámbito de la cultura hispanoamericana y sobre todo en el campo de las ciencias sociales y la historiografía. Ha sido, a lo largo de una vida intensa y fecunda, uno de los grandes maestros continentales, un historiador excepcionalmente dotado y cuya obra, abundante y sustantiva, abre nuevas perspectivas para la comprensión de nuestro proceso histórico-cultural y deja huellas e incitaciones perdurables. Esta nota necrológica intenta reseñar, *ex corde*, una obra de la cual los historiadores peruanos, y sin duda los de toda Hispanoamérica, somos inevitables tributarios.

Nació en Tacna en 1903, la ciudad sureña del Perú ocupada a la sazón por Chile como dramática consecuencia de la guerra del Pacífico (1879-1883). Como él mismo lo ha dicho, tuvo por eso desde su infancia un patriotismo raigal y funcional y luchó denodadamente por la reincorporación de su tierra al Perú, que sólo se produjo en 1929.

Tacna, región sin latifundios ni grandes riquezas, ha sido lugar de encuentro entre el Alto y Bajo Perú, Chile y la región norteña del Virreinato del Río de la Plata. Allí se dieron cita los varios linajes que confluyen en la sangre de Jorge Basadre. El ha dicho que no entiende la genealogía como una forma de legitimar el *status* o de alimentar vanidades, sino como una modesta pero útil disciplina auxiliar de la historia. En sus memorias, inspirado en Goethe, que alguna vez habla del hombre como "ser colectivo", ha reseñado discretamente su abolengo. Los Basadre y Belaúnde eran de familias españolas que llegaron al Perú a fines del siglo XVIII procedentes del Río de la Plata; se asentaron en Tacna y Arequipa y se cruzaron con linajes ilustres que formaron ese especial patriciado sureño, trabajador, austero y abnegado. En la genealogía del historiador se encuentran los

* Como homenaje a la memoria de don Jorge Basadre, ilustre colaborador de *Historia y Cultura* y del *Boletín del Museo Bolivariano*, reproducimos la extensa nota necrológica escrita en julio de 1980 por especial encargo del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y publicada —lamentablemente con excesivos errores tipográficos— en la *Revista de Historia de América*, órgano de la Comisión de Historia del IPGH, N° 92, México, julio-diciembre de 1981, pp. 195-213, impresa en marzo de 1982 y sólo distribuída en el segundo semestre de este año.

Catari, Caqui, Quea y Ara, titulares del cacicazgo mayor de Tacna desde el siglo XVI hasta 1825 en que Bolívar extingue la institución y la autoridad de los caciques. Los Ara luchan junto a Zela y Paillardeli en los primeros gritos independentistas de 1811 y 1813, vinculados a las incursiones de Castelli en el Alto Perú. Descendía también del coronel del ejército liberador colombiano Manuel María Forero; y por sus apellidos Izarnótegui y Rosales, estaba vinculado a próceres de la emancipación chilena que participaron en la Junta autonomista de la *patria vieja* en Santiago. Los dos apellidos de su madre, el alemán Grohamann y el irlandés Butler, simbolizan el aporte de las modernas inmigraciones europeas de mediados y de comienzos del siglo pasado, respectivamente. Esas sangres contribuyeron sin duda al talento tenaz, disciplinado y austero de don Jorge. Su abuelo Carlos Basadre Izarnótegui, colaborador de la *Revista de Lima* (1859) y su tío abuelo Modesto Basadre Chocano, autores de monografías dispersas, lo antecedieron como recuerda Jorge Puccinelli “en el vicio impune de leer”, según decía Valery Larbaud, y en el amor por la historia patria.

Niño aún dejó la Tacna cautiva e inició sus estudios en el Colegio Alemán y en el famoso Colegio de Guadalupe, de Lima, y luego en la Universidad de San Marcos, de la cual fue primero bibliotecario y luego uno de sus mejores profesores. Como el catedrático más joven le tocó pronunciar la lección inaugural del año académico de 1928. Su discurso, titulado *La multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú*, se convirtió en un libro pionero que renovó los panoramas históricos al uso al incorporar temas y elementos de la historia profunda, la *intrahistoria*, que diría Unamuno: las clases populares, la dinámica ciudad-campo, la acción de las colectividades; elementos que no estaban privilegiados en los esquemas tradicionales, atenidos sobre todo a la gesta individual de los héroes.

El *Programa Analítico de Historia del Perú* (curso monográfico), dedicado a la etapa republicana, que Basadre publicó el mismo año 1928, revela la precoz e insobornable seriedad científica de su autor porque anuncia una total revisión conceptual y metodológica en la historiografía peruana al tratar de las fuentes —incorporando las literarias, artísticas y otras varias que antes no se habían utilizado— y al ordenar los temas en enfoques originales y renovadores. Admira comprobar que este programa resulta no sólo el germen sino el plan casi completo de la que en el correr de los años será su obra fundamental: *La Historia de la República del Perú* (Lima, 1ra. ed., 1939, 1 v.; 2da. ed., 1940, 1 v.; 3ra. ed., 1946, 2 vv.; 4ta. ed., 1949, 2 vv.; 5ta. ed., 1962-1964, 11 vv.; 6ta. ed., 1967-1968, 17 vv.).

En 1929 y 1930 publicó los tomos de *La iniciación de la República*, parte de su tesis doctoral sobre historia social republicana, que contiene capítulos nuevos sobre la monarquía en América, el estado social después de la Independencia, la Confederación Perú-Boliviana y un intento de comprensión cabal del fenómeno del caudillaje militar, siguiendo los derroteros de Bunge, Ayarragaray, Ingenieros, Alcides Arguedas y especialmente Francisco García Calderón R., su maestro de la generación anterior. Basadre ha explicado que ese primer esfuerzo para sistematizar la historia republicana se ve interrumpido por la larga crisis de la universidad peruana a la

caída de Leguía y por su viaje a Europa. En 1931 publicó su ensayo *Perú: problema y posibilidad*, libro cuajado de intuiciones que contiene su profesión de fe en un socialismo en libertad, que explica el proceso de la moderna historia peruana por la dialéctica masa-minoría egregia y a través de certeros enfoques de figuras como el Mariscal Castilla, Pardo, Piérola, González Prada, Leguía y José Carlos Mariátegui.

Cuarentaisiete años más tarde reeditó Basadre ese libro con abundantes *reconsideraciones* y sus valiosas 16 tesis sobre el destino del Perú y América Latina en el contexto de un proyecto nacional y continental. Se nutre ese proyecto de las raíces y la sabiduría cristianas y de su afirmación de la libertad humana, y en el sentido de justicia urgido por los adelantos tecnológicos y por la confrontación entre los países ricos y los países pobres; y de un socialismo de rostro humano que reivindique a todos los que trabajan en los diversos niveles y sea compatible con la “sociedad abierta” de que habló Karl Popper.

En 1931 Basadre interrumpe su experiencia peruana y viaja a los Estados Unidos con una beca de la Fundación Carnegie y estudia allí las ciencias bibliotecológicas, lo cual le permitió más tarde realizar una tarea excepcional. Va luego a Europa en los años difíciles que anteceden a la segunda guerra mundial. Sigue cursos en la Universidad de Berlín y trabaja en los archivos de Sevilla y Simancas y en la sección histórica de la Junta para ampliación de Estudios que dirige Américo Castro en Madrid.

Basadre ha recordado que a pesar de las cordiales presiones de Raúl Porras para que prolongara su permanencia en España, regresa al Perú, se reintegra a San Marcos y publica la primera versión de su *Historia*. Años más tarde, intentaría en vano traer al Perú a alguno de los maestros de la “España peregrina”, que tan fecunda obra realizaron en México, Argentina, Colombia, Venezuela y otros países americanos.

En 1943, luego del trágico incendio de la Biblioteca Nacional asume su dirección y cumple allí una labor admirable de reconstrucción. Funda y orienta la Escuela de Bibliotecarios, restaura y acrece los fondos del primer repositorio peruano y reedita y aún supera la obra de don Ricardo Palma después del saqueo de 1881-1883. Sus *Recuerdos de un bibliotecario peruano* registran prolijamente infinidad de gestiones en el país y en el extranjero pero también testimonian su lúcida comprensión de lo que significa para países como los nuestros una verdadera Biblioteca Nacional. Vivió allí en el hermoso cautiverio de los libros.

En 1944 funda la revista *Historia*, de corta vida pero de honda influencia en la renovación de los estudios y los criterios historiográficos y humanísticos y en el esclarecimiento de la conciencia pública peruana, puesto que contribuyó eficazmente a la restauración de la democracia política en el Perú con el Presidente José Luis Bustamante y Rivero. Fue Ministro de Educación en los tres meses primeros de este régimen. Su fugaz gestión dejó sin embargo honda huella en el impulso de la educación técnica, de la educación rural con los núcleos escolares campesinos, de la educación

artística y en la promoción y aliento del teatro y, desde luego, de las bibliotecas escolares.

En un honesto afán de superar la crisis política que vivía el país por la violenta pugna entre el APRA y los sectores de la derecha, fundó en 1947 con otros conspicuos ciudadanos el Partido Social Republicano, de vida aparentemente efímera pero que, como él mismo ha dicho, dejó la inquietud y las simientes para otros futuros partidos de centro y de centro izquierdo como el Social Republicano, Acción Popular y la Democracia Cristiana.

De 1947 es su libro de ensayos de interpretación histórica titulado *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*, que contiene la que será su más hermosa teoría interpretativa de la evolución cultural de su patria; *la promesa de la vida peruana*. Inspirado en las ideas de Ernest Bloch sobre el *elemento esperanza*, afirma su visión del Perú como la concatenación de aportes y legados históricos que también puede reconocerse en los procesos paralelos y confluyentes de otros países hispanoamericanos para proyectarse a partir de la fundación de la República hacia la realización de una promesa de vida y de sociedad mejores, en las que se actualicen todas las virtualidades que han ido emergiendo en ese proceso. Esa promesa aún no cumplida, dice Basadre, es la que alienta en la gesta de los próceres, en la inspiración de los sabios y de los artistas, en la acción lúcida de las élites que no desertan y en los movimientos de las masas que este rebelan. Es, en otras palabras, la idea de que en la historia moderna de nuestros países se ha ido forjando un *proyecto nacional* más o menos explicitado, que no se contraponen sino que se complementa con la demanda de un proyecto continental.

En 1948 aceptó don Jorge Basadre por una breve etapa la Dirección del Departamento de Asuntos Culturales de la Organización de Estados Americanos e impulsó desde Washington los programas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Por la misma época fue designado por la UNESCO para integrar el Comité que formularía las bases para una nueva *Historia Universal* liberada de europeocentrismo y atenta a la nueva vida histórica de los pueblos de África, Asia y América Latina, lo que más tarde se denominaría el *tercer mundo*. El mismo año se publicó por la Editorial Salvat de Barcelona, como parte de la *Historia de América* inicialmente dirigida por don Antonio Ballesteros Beretta, el grueso tomo correspondiente a *Chile, Perú y Bolivia Independiente*, uno de los mejores ensayos de historia regional americana, no a base de capítulos paralelos sino del ensamblaje y la presentación conjunta de una problemática y un destino comunes y solidarios.

Durante el segundo gobierno de Manuel Prado, Basadre fue otra vez Ministro de Educación de 1956 a 1958. Las circunstancias eran distintas a las de 1945 pues el poder ejecutivo contaba ahora con mayoría parlamentaria. Realizó entonces el *Inventario de la realidad educativa del Perú*, elemento indispensable para cualquier tarea de planificación educativa. Impulsó las campañas contra el analfabetismo, una coherente política de bibliotecas escolares, públicas y municipales y el desarrollo de todas las

expresiones del arte y la cultura al interior y al exterior de las aulas, y estimuló al interés y la responsabilidad de toda comunidad social frente a una ímproba tarea que el Estado no puede cumplir con sus propias fuerzas. Las interferencias e incomprensiones del caciquismo parlamentario fueron, entre otras, las causas de que Basadre expresara reiteradas veces que ésta había sido la etapa menos satisfactoria de su vida. Ministro progresista dentro de un régimen oligárquico, realizó una obra de innegable trascendencia. Sus propios testimonios sobre su segunda gestión ministerial han quedado en un libro que lleva por título *Materiales para una nueva morada*.

Al iniciarse la década del 60, como si presintiera que no le sería concedida una prolongada ancianidad, Basadre se fue concentrando en un trabajo disciplinado y solitario, pero sin perder por eso su relación con el mundo en torno, siempre avisor y perspicaz frente a los cambiantes panoramas y perspectivas de un tiempo tumultuoso y complejo; con un espíritu abierto y cordial para las nuevas generaciones con las que no había tenido un contacto sistemático porque había dejado pronto la docencia universitaria. En esos años revisó la quinta y la sexta ediciones de su *Historia de la República* que como hemos dicho, pasó de 2 volúmenes a 11 y 17, respectivamente. Incorporó a ellas, con ánimo de inventariar todo lo válido, lo historiable, lo significativo y sintomático, temas de historia política, económica, social, cultural, diplomática, militar, jurídica e institucional, internacional, periodística, científica, etc., para intentar lo que él ha llamado *el gran mural, la visión sinfónica* de la época.

Desde mediados de la década del 50 sus trabajos delatan la renovadora influencia de los historiadores sociales de la revista francesa *Annales*, Lucien Febvre y Ferdinand Braudel sobre todo. Pasó así de una historia política a una *relacional* o *integral*, que no prescinde de ningún punto de vista; que no sigue privilegiando, como la historia tradicional, los enfoques políticos y militares, pero que tampoco acepta como siempre necesariamente decisivo o determinante el factor económico. Como prueba de la solidez científica de un largo esfuerzo que culminaba en una obra fundamental en la historiografía hispanoamericana —¡qué lejos quedaba, por ejemplo, una obra como la de Francisco Encina en Chile!— Basadre publicó en esos años los dos gruesos tomos de las *Bases documentales de la Historia de la República* (1971) e intercaló en los registros de casi veinte mil fichas, esclarecedoras reflexiones sobre los criterios historiográficos que habían orientado su tarea, revisó y amplió temas, se rectificó hidalgamente. Con la misma claridad ratificó puntos de vista polémicos o reivindicaciones históricas justicieras, como la de Piérola en días de dogmatismo castrense; incorporó nuevos asuntos, trazó generosamente rutas para quienes continuaran su obra. Como si quisiera compensar a las nuevas generaciones por las horas de clase en aula que no había podido dedicarles, precisamente para construir una obra de tan vastas dimensiones, les dejaba su propio andamiaje, enriquecido por años de trabajo cotidiano.

En un valioso texto de 1973, *La Historiografía de hoy*, Basadre expuso sus planteamientos al día sobre el quehacer y la actitud ante la historia y sobre las corrientes contemporáneas que él había asimilado gracias a una

amplísima información, como nadie la tenía en nuestro medio en el ámbito de las ciencias sociales. Explicó allí, en párrafos hermosos, que él entendía la historia como el intento de luchar contra la fatalidad destructiva del tiempo; de poner orden y comprensión frente a lo disperso, incierto, contradictorio y azaroso de la vida humana; de perpetuarse más allá de la escueta biografía individual. El historiador, dijo, busca la continuidad y la totalidad del tiempo, quiere ser depositario de la memoria colectiva, busca las huellas que conduzcan a los orígenes. Dedicó sabias palabras para restaurar la validez de la historia política tradicional frente a las exageraciones a las que hubieran podido llegar quienes privilegian la historia económica con un determinismo exclusivo. El desdén por la narración, por lo anecdótico y episódico que algunos discípulos aprendieron de influyentes maestros como Lucién Febvre o Marc Bloch, se justifica en países que llegaron a un exceso de contribuciones de este tipo y que en ese género historiográfico que podríamos llamar primario cayeron en un cruditismo agobiador o intrascendente; pero en cambio es todavía necesaria esa acumulación de datos en países como los hispanoamericanos en los que queda tanto por investigar y conocer. Así explicó él su *Historia*: no sólo como gran mural o sinfonía sino también, modestamente, como un inventario que quiere ser exhaustivo, como los cimientos que deben ser sólidos si se quiere levantar un buen edificio. Como una interesante reacción frente a las exacerbaciones de los epígonos del grupo de los *Annales*, destacó el ensayo de Paul Veynes (*Comment en écrit, l'histoire*) sobre la "intriga", el "itinerario", el "acontecimiento" siempre único y singular. Destacó también la importancia de la *prosopografía*, es decir la ciencia auxiliar que estudia la filiación y la carrera de los grandes hombres, que en nuestros días avanza en dos direcciones: la elitista y la popular. La primera escudriña los parlamentos, los gabinetes, las universidades; la segunda, las votaciones populares, los censos, los partidos, los clubes, los tumultos.

En ese mismo trabajo Basadre precisó su posición ante la historiografía marxista que tan creciente influencia había ganado desde hace lustros en los medios universitarios latinoamericanos. Distinguió en el tema del marxismo tres planos: el filosófico, el político y el histórico, o mejor dicho historiográfico. En cuanto al primero, precisó el hecho de que al cabo de un siglo es posible distinguir varias corrientes que llegan a ser sistemas de pensamiento distintos y hasta antagónicos. En cuanto al aspecto político, afirmó que la innegable repercusión del marxismo se basa en la serie impresionante y maciza de hechos evidentes y en su gravitación sobre todo en la parte del mundo menos desarrollado, pero que eso no implica una prueba sobre la bondad y la verdad totales y absolutas de esos sistemas políticos. Respecto a la influencia del marxismo en la historiografía, destacó tres innegables aportes: el derrumbre de la concepción "idealista" de la sociedad y su funcionamiento; la íntima relación entre intereses e ideas, el concepto de "ideología", por una parte. Por otra, el énfasis en el concepto de "estructura", que rompe con las acepciones "verticales" provincianas o estrechamente regionalistas y nacionalistas de la historia. Por último, la teoría de la lucha de clases, no acaso como dinámica esencial peso sí como el reconocimiento de las tendencias, las tensiones, las motivaciones de los distintos grupos sociales y el avance de las masas al

escenario que antes ocupaban solamente los próceres y las minorías. Reconoció los aportes de la historia económica y de la econometría, la historia cuantitativa, las nuevas historias especiales o parciales, la interconexión de las ideologías y las mentalidades y la gravitación de los factores ocultos en el desarrollo de la cultura, no sólo en los individuos prominentes sino también en los estratos sociales.

Basadre propició, asimismo, una actitud más amplia en el acceso a las fuentes históricas y en el acercamiento de la eurística a nuevos testimonios antes olvidados y que las nuevas técnicas permitan rescatar. Ahora es válido como fuente histórica, dice, “todo”, absolutamente todo lo que lleva en sí un índice revelador, en cualquier aspecto, de la presencia, las actitudes, las costumbres, las creencias de los hombres de ayer; las grabaciones, las copias xerox, la electrónica, las computadoras, el magnetófono del llamado método Couturier. Por esa ruta, supo apreciar también el hecho histórico como hecho psicológico y por tanto el aporte posible de una ciencia como el psicoanálisis.

Presidía todas estas nuevas inquietudes un afán de hacer reposar la ciencia histórica en el espíritu crítico del historiador y en la meta nunca abdicable de la *comprensión total* del pasado y del hombre. El historiador, dice, debe cuidarse no sólo del error, la mentira, el vicio doloso en las fuentes, sino también de sí mismo; debe procurar siempre, como quiere Febvre, “comprender” más que “juzgar”. Espíritu crítico, don de simpatía, integridad de conciencia, autenticidad de vocación, fidelidad a ella, son los quilates que él quisiera encontrar siempre en el historiador.

Fue consciente sin embargo, de que su oficio de historiador, alimentado por una noble pasión, no puede acceder a la tarea sobrehumana de agotar todas las fuentes y de vislumbrar todas las perspectivas. Siguiendo al historiador inglés Maurice Powicke, acepta que la historia no es nunca una ciencia final: “el historiador abre el camino, no lo cierra”. Cada época crea su propia historiografía porque desde Tucídides la historia es siempre contemporánea; por eso el libro definitivo de historia no existe.

Ante las perplejidades e incertidumbres de nuestro tiempo —fin de una época y comienzo de otra—, ¿a qué causa, interés, pasión o prejuicio ha de servir la historia?, se pregunta Basadre. Si la historia como mera justificación de lo que fue constituye el peligro de una actitud sumisa, conformista ante ella, no es una tentación menos grave la de crear leyendas que reemplacen a la verdad para servir apetitos e intereses subalternos. Hay que rectificar constantemente la intención, depurarla de escorias, atentos siempre al aserto del Dilthey sobre la “multilateralidad” de la vida histórica. Por todo ello, Basadre postuló para un quehacer tantas veces heroico como él suyo, la posición que Alfred Weber definió como “la *intelligenzia* libremente móvil”. En tal situación el historiador, y en general el intelectual, puede ejercer lo que Karl Mannheim define como una “mediación dinámica” entre las distintas tensiones, instancias, niveles y grupos que se cruzan y enlazan, a veces inextricablemente, en la vida humana y tornan difícil la visión y la comprensión totales del acontecer.

De ese modo, dice, los historiadores pueden cumplir mejor su misión de “abogados predestinados de los intereses culturales del todo” y encender la luz en lo que sin ellos “acaso sería una noche oscura”. Basadre asumió lúcidamente ese papel, algunas veces aún a riesgo de parecer ambiguo.

Con ese nuevo bagaje y con esas enriquecidas perspectivas, escribió uno de sus últimos libros, tal vez el más apasionante y sugestivo: *El azar en la historia y sus límites* (1973) con bellas páginas sobre la “teoría de los juegos”, la probabilidad y el azar en el acontecer histórico y el aporte del estructuralismo a estas disciplinas. A la manera alemana, dedicó un apéndice, más extenso que la parte sustantiva y teórica del libro, a estudiar *la serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana*. En una revisión sagaz de lo principal que se ha escrito sobre la época, distingue los principales momentos o coyunturas en que se podría haber configurado la posibilidad de la emancipación —o que de hecho ocurrió así—: comienzos del siglo XVIII con el cambio de dinastía en España; rebelión de Túpac Amaru (1780) y culminación de un proceso de nacionalismo quechua; revolución de Pumacahua y los hermanos Angulo en el Cuzco (1815-1816); etapa sanmartiniana-peruana-bolivariana (1820-1824); y finalmente, la ucronía propuesta por Pierre Chaunu: 1860, luego del paso de la dominación económica española aparente a la real dominación económica inglesa. Basadre rectifica su valoración del movimiento del cacique Condorcanqui hecha en su discurso de 1929, pero se pronuncia por la revolución cuzqueña de 1815 como el mejor momento para la independencia del Perú, el de más notoria aproximación de los procesos autonomistas y separatistas de la sierra, que representaban los grupos indios y mestizos con ayuda criolla, y los de la costa, predominantemente criollos. Sus reflexiones y comprobaciones sobre el creciente poder político que en el Perú asume la aristocracia criolla durante el reinado de Carlos III, precisamente hasta la gran rebelión de Túpac Amaru y la actitud antiamericana del ministro José de Gálvez, pueden aplicarse también a México y otros virreinos indios; asimismo las analogías que establece entre nuestras aristocracias criollas y la rusa del siglo XVIII. Brian R. Hamnett no conoció este magnífico libro de Basadre, que habría aprovechado mucho en su estudio titulado *The Politics of Counter-Revolution: Liberalism, Royalism and Separatims in Mexico and Peru. 1800-1824*.

El último libro orgánico de Basadre, *Elecciones y centralismo en el Perú. Apuntes para un esquema histórico* (Lima, Universidad del Pacífico, 1980) anuncia un ambicioso proyecto de análisis del papel histórico del Parlamento en el Perú, con utilización de computadoras y métodos de la historia cuantitativa, que la muerte ha frustrado. Como queda también para una edición póstuma y definitiva, la séptima versión de su *Historia de la República*, en la que estuvo trabajando hasta los días finales de su vida.

Basadre aceptó publicar en los últimos años, cediendo a numerosas instancias, algunos libros confesionales que había ido adelantando por capítulos en revistas limeñas como el *Mercurio Peruano*. Así, *La vida y la historia* (1975), que subtítulo *Ensayos sobre personas, lugares y problemas*,

suerte de originales y memorias en las que deliberadamente se desplaza del centro protagónico de la narración para eludir la estricta autobiografía y asumir, en cambio, el papel de testigo. El capítulo de su temporada en Alemania, por ejemplo, es una visión de los comienzos del régimen hitleriano que se nutre de sus propios recuerdos pero también y sobre todo de las abundantes lecturas que hizo sobre esa época y sobre los regímenes *concentracionarios* o totalitarios. Basadre escuchó en el Sportpalast de Berlín los discursos de Goebbels y del propio Hitler que transmitían una seguridad y una decisión hasta el paroxismo de la “guerra total”, pero comprendió a fondo el fenómeno en los textos dramáticos en que Bertold Brecht examina minuciosamente la “teatralidad del facismo” o en libros posteriores como el de Jean Pierre Faye sobre *Los lenguajes totalitarios* (la edición española es de Taurus, Madrid, 1974). Más que unas memorias al estilo común este libro intenta ser un testimonio denso, unas veces diáfano, otras abigarrado, sobre toda una época.

El año anterior aparecieron las *Conversaciones* (Lima, Mosca Azul Ed., 1974) de Jorge Basadre con Pablo Macera, historiador de indiscutible talento, discípulo de Raúl Porras primero, francotirador que se acerca respetuosa y admirativamente a Basadre, luego Macera interroga al maestro a base de sus propias dudas y desazones. Se trata de un breve libro de confidencias íntimas, de revelaciones y confirmaciones sobre el oficio y el método del historiador, su posición en la sociedad contemporánea, las grandes etapas de nuestro proceso cultural y las posibilidades de realización de un verdadero proyecto nacional, la actitud frente al marxismo, las grandes revoluciones del siglo XX, su propia biografía, su juicio sobre otros grandes historiadores peruanos o sobre pensadores y constructores políticos como José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre. También concedió Basadre en el último lustro varias entrevistas y reportajes periodísticos. El último de ellos lo concedió los primeros días de junio de 1980, por espacio de más de dos horas, a mis propios alumnos de la Universidad del Pacífico. A pedido de ellos preparé la versión definitiva de esa larga entrevista (*El último mensaje de Basadre*, en la revista *Caretas*, Lima, N° 606, 7 de julio de 1980), en la cual reitera con insistencia su calidad de francotirador intelectual y conmovedoramente confiesa su pena de tener 77 años y no 20; es decir, su voluntad y su ilusión de seguir estudiando, produciendo, luchando, a pesar de la enfermedad que pocos días más tarde acabaría con su vida.

Este nutrido recuento de títulos no constituye, sin embargo, la reseña cabal de la obra de Basadre. Aunque fundamentalmente dedicada a esclarecer el proceso histórico del Perú moderno y su amplio contorno sudamericano, desde fines del XVIII hasta el primer tercio del presente siglo, la obra de Basadre alcanza a otras épocas y trasciende desde luego el ámbito estrictamente nacional peruano. Sobre el imperio de los Incas escribió varios ensayos: el voluminoso primer tomo de la *Biblioteca de la Cultura Peruana* que dirigió Ventura García Calderón, titulado *Literatura Inca* (París, 1938), y los primeros capítulos de su *Historia del Derecho Peruano* (1937), que sólo llega hasta las fuentes del derecho indiano. Aunque no se consideraba un experto en temas de arqueología, estaba al día en sus

lecturas y asumió sagazmente las hipótesis de W. Bennet y otros arqueólogos y antropólogos sobre “la cotradición andina” para un ensayo sobre *La experiencia histórica peruana* (1952) y para la segunda edición de *Perú: problema y posibilidad* (1978) en la cual puntualizó el comienzo de la revolución en el estudio de la sociedad andina, de Trimbora a Murra, e hizo apostillas sobre la ciudad inca y el “modo de producción asiático”. Sobre el trisecular período virreinal escribió un libro sustantivo: *El Conde de Lemos y su tiempo* (1945-1947) resultado de sus investigaciones en los archivos españoles, que, como él mismo dice en uno de esos subtítulos con que gusta explicar sus trabajos, es un “bosquejo de evocación e interpretación del Perú a fines del siglo XVII”. Sus *reconsideraciones sobre la época colonial* son de las más extensas en la segunda edición del libro de 1931 (*Perú: problema y posibilidad*). Afirma allí que lo más resaltante que ocurre entre el siglo XVI y los comienzos del XIX, es la forja, “con hondas diferencias de niveles, y tensiones constantes, de una sociedad criolla-mestizo-indígena-negroide”. Reafirma allí su primigenia tesis de 1929 sobre la mejor situación de Jauja o Huancayo frente a Lima como posible capital del virreinato; sobre el carácter precursor del Inca Garcilazo dentro de una historia de la formación de la conciencia nacional; sobre la economía colonial y los orígenes de la economía capitalista mundial; siguiendo el ensayo de François Furet, sobre algunos elementos para una historia de las clases inferiores; y, otra vez, sobre el “semigobierno” de la aristocracia criolla en las postrimerías de la colonia.

Uno de los libros de Basadre de más vasta repercusión e influencia, y acaso uno de los preferidos por el propio autor, es *Los Fundamentos de la Historia del Derecho* (Lima, 1956). No pudo culminar el plan inicial de su *Historia del Derecho Peruano* antes citada, pero en cambio, en un verdadero alarde de rigor y seriedad científica, emprendió una reflexión sistemática sobre los aspectos teóricos de esta disciplina y sus relaciones con las otras dos que le dan nombre: el derecho y la historia. Estudió los objetivos, la naturaleza y los alcances de esas disciplinas; sus metodologías; la amplitud de sus fuentes; la profundidad del derecho en el tiempo; el proceso de las instituciones llegadas al Perú en el siglo XVI; las influencias posteriores. En su inquietud epistemológica hace uso frecuente del sistema comparado, que le permite ir a la llamada “genealogía de los sistemas jurídicos”. Su libro ha sido, sin duda de lo mejor que se ha escrito en lengua castellana sobre la Historia del Derecho en la línea del historicismo jurídico romanista de Savigny y sus continuadores. Es asimismo importante en ese libro la impugnación de la tesis de J. H. Wimore sobre la imposibilidad de conocer el derecho de los Incas, entre otras razones, aduce Basadre, por su evidente incorporación fragmentaria al derecho indiano. Este libro es, según Lewis Hanke, “la obra más completa y equilibrada del derecho indiano”.

Libros aurales como *El alma de Tacna* (1926) escrito en colaboración con otro gran escritor de esa tierra, José Jiménez Borja y bajo el seudónimo de *Unos tacneños*; y *Equivocaciones* (1928), escrito también al alimón con Luis Alberto Sánchez, testimonian un compromiso perdurable: con la tierra nativa, aprendido en Joseph Conrad, el primero; con la litera

tura y cuanto pueda acrecer las perspectivas del historiador, el segundo. Así se explica que Basadre redescubriera o se adelantara en la valoración de voces literarias eximias como las de Flora Tristán, la célebre abuela del pintor Gauguin, o de Abrahám Valdelomar, César Vallejo y José María Eguren.

Y en fin, una recopilación voluminosa y penúltima de trabajos dispersos y significativos, que cubren casi toda su vida de escritor, como es el caso de *Apertura* (Lima, 1978), con textos sobre temas de historia, docencia, educación, política, etc., escritos entre 1924 y 1977, da luces sobre la extraordinaria dimensión de una tarea intelectual y sobre la permanente vigilia del hombre que, ajeno siempre a la vanidad de la obra acabada o definitiva, peregrina apasionadamente a todas las fuentes en búsqueda serena de una conciencia, de una identidad para su patria.

¿Cómo explicar una obra tan vasta, sin equipos de investigadores, sin medios ni apoyos institucionales, casi siempre en solitario? La respuesta es clara: Basadre asumió una vocación y un destino y supo renunciar a todo lo demás; honores, prebendas, cargos, poder político, concupiscencias y frivolidades. Incluso entre la docencia y la investigación tuvo que optar por la segunda, acaso consciente de que en un país como el suyo ejercía de ese modo un magisterio más perdurable. Su carrera de profesor, tan brillantemente iniciada en San Marcos en 1928, se interrumpe por un lustro durante su viaje a Estados Unidos y Europa, y sólo llega hasta 1956 cuando estaba en la plenitud de su talento. No se aisló, sin embargo, en ninguna torre de marfil. Publicó constantemente en periódicos y revistas, pronunció conferencias y, sobre todo en los últimos años, se acercó a los jóvenes historiadores y a institutos de investigación para suscitar un diálogo y enriquecer un magisterio generoso.

Resulta revelador comprobar que la política en la que de veras le gustaba intervenir a Basadre era la política bibliotecaria; esa sí lo apasionaba. La obra que cumplió en la Biblioteca de San Marcos y en la Biblioteca Nacional, que algunos podrían considerar oscura o poco prestante, y que le demandó infinidad de gestiones, cartas, presiones burocráticas, incomprendiones, alcanza una enorme trascendencia. Sin duda fue escéptico sobre sus condiciones personales para la praxis política partidaria.

Tuvo sólo dos episódicas militancias políticas: la primera en Acción Republicana, grupo efímero a la caída de Leguía y antes de las elecciones que llevaron a Sánchez Cerro al poder; y en 1947 en el Partido Social Republicano, también de corta vida, al que nos hemos referido ya. Aunque podríamos considerarlo de los *juniors* de la misma generación de la que José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre eran los *seniors*, no militó nunca ni en el partido aprista de éste, ni en el socialista que luego se denominó comunista a la muerte de Mariátegui, a quien sinceramente admiraba y en cuya revista *Amauta* colaboró. Fue miembro de corporaciones académicas, participó en certámenes internacionales y disertó en varias universidades americanas, pero salvo el período de 1943 a 1948 en que se dedicó con ahínco a la tarea de la Biblioteca Nacional y otro breve

en la OEA, nada lo dispó de su serena pasión por la historia. No se propuso ser ni Decano de la Facultad de Letras o Rector de la Universidad de San Marcos o Presidente de la Academia Nacional de la Historia o candidato a una curul parlamentaria. Apoyó en cambio los programas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de la Comisión de Historia y de los Comites de Historia de las Ideas, Movimiento Emancipador o Revisión de Textos y presidió la Asamblea General del IPGH en su primera reunión en Lima. Colaboró asimismo en la *Revista de Historia de América*, la última vez (Nº 83, 1977) con una de esas *reconsideraciones* a las que su probidad intelectual lo inducía con frecuencia. Fue sobre *El problema histórico de la Confederación Perú-Boliviana*, incitado por la lectura del libro de Pierre Renouvin y J. B. Duroselle *Introduction a l'histoire des relations internationales* y por su afán de volver a los temas que habían visitado sus primeras inquietudes de historiador.

No pudo viajar a México a recibir el Premio Rafael Heliodoro Valle, instituido por doña Emilia Romero, viuda del ilustre hondureño, pero en cambio convocó a su casa de la Av. Oarrantia en San Isidro a dilectos amigos como el Ex-Presidente Don José Luis Bustamante y Rivero, la Dra. Ella Dunbar Temple, Directora de la Sociedad Peruana de Historia, y algunos de los jóvenes historiadores que se sentían fervorosos discípulos suyos, para recibir en una sencilla ceremonia el que resultó el postrer homenaje académico que se le tributó en vida: el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Arequipa, la "ciudad caudillo" en la época republicana del país, como él la llamó.

Creo que una de las primeras veces en que gocé de su conversación y su enseñanza fue en los debates del I Congreso de Historia del Perú (1954). Comenzó entonces mi aprecio por su obra, que fue creciendo con los años. Dialogó allí con historiadores de varias generaciones y noveles aprendices, con una sencillez y al mismo tiempo con una autoridad y sugestión impresionantes. Aportó a este certamen un magnífico y poco difundido estudio: *La idea de patria en la Emancipación del Perú* (publicado en el *Mercurio Peruano*). La última vez que lo escuché fue en el patio del Palacio de Torre Tagle, en enero de 1980, cuando recibió, sin duda tardíamente, la Orden del Sol del Perú, establecida por San Martín a fines de 1821. Aunque algunos sedicentes discípulos de la última hora han querido hacer botín con su legado y escándalo con supuestas confidencias y predilecciones, el hecho es que gozó en su patria de universal respeto; que su muerte dió ocasión a una sincera y unánime manifestación de dolor; y que sus paisanos de Tacna reclaman para esa tierra el honor de guardar sus restos.

Esa idea suya aprendida en Weber y Mannheim sobre la libertad solitaria del intelectual acendró su estilo autodidacta. Admiraba sin duda a García Calderón, Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaúnde, pero no se sentía discípulo de ellos, que no fueron formalmente sus profesores en San Marcos. Sobre el primero, que era su pariente lejano, escribió el bello ensayo, *Realce e infortunio de García Calderón*, introductorio a una antología del estupendo ensayista trasterrado a Europa desde su juventud hasta casi su

muerte. Al tercero le dedicó páginas justicieras en la 5ª y 6ª ediciones de su *Historia de la República*. Con el segundo de los nombrados marcó distancias en un valeroso artículo de 1944, a las pocas semanas de la muerte del gran historiador limeño, que a algunos pareció irreverente o inoportuno, pero que revela su autenticidad y su honestidad insobornables. Años más tarde prologó la tercera edición de la *Historia en el Perú* de Riva-Agüero (*Obras completas*, T. IV. 1965). Ubicó certeramente el libro en el panorama historiográfico de su aparición en 1910 y, vencedor de la prueba del tiempo que era para Domingo Faustino Sarmiento una prueba definitiva, decretó generosamente que ese libro de juvenil madurez era uno de los clásicos eximios de nuestra literatura histórica. En sus recuerdos de la etapa de juventud estudiosa en San Marcos, Basadre se refirió siempre con especial afecto a su paisano y maestro don Carlos Wiesse, autor de textos escolares y universitarios que fueron por varios lustros los mejores de su género, catecismos rigurosos del más sereno patriotismo. Se refirió también con actitud admirativa al bibliógrafo y filósofo don Pedro Zulem, fundador de la Sociedad Pro-Indígena, quien estimuló su precoz bibliofilia; a la amistad fraterna que lo unió con los otros dos historiadores de su generación, Jorge Guillermo Leguía y Raúl Porras Barrenechea. Con especial entusiasmo recordó las lecciones de Friedrich Meinecke, que escuchó en la Universidad de Berlín y cuya “maestría, jamás encontrada” le abrió insospechados horizontes; y las de Richard Thurnwald sobre la “etnología jurídica”, que le sirvieron luego para organizar la sección sobre derecho inca en su cátedra de Historia del Derecho Peruano. De su paso por España recuerda el magisterio de Ots Capdequí, Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz. Más tarde formularía juicios muy elogiosos sobre el historiador catalán Jaime Vicens Vives, el francés Pierre Vilar, el mexicano Daniel Cosío Villegas. Pero a partir de mediados de la década del 50 la influencia manifiesta en la obra de Basadre es la de los historiadores franceses de la revista *Annales*: Marc Bloch, Lucien Febvre y Ferdinand Braudel. Su obra histórica suscita la asociación con la del venezolano Mariano Picón-Salas o la del mexicano Silvio Zavala; sin embargo muy pocas se le acercan en América hispánica en dimensiones, rigor y vigencia científica.

Cuando en alguna oportunidad puse énfasis en que la generación de Basadre era tributaria de la anterior, la generación peruana del novecientos o *arielista*, el maestro me contestó con una extensa nota precisando la especificidad histórica de la suya, la del centenario de nuestra independencia, hija de los cambios sociales, políticos y culturales con que arranca el siglo: primero, para los latinoamericanos, la revolución mexicana, luego la primera guerra mundial, la revolución rusa, la difusión de las ideas socialistas. Si cada generación significa, como quiere Ortega y Gasset, un cambio de sensibilidad vital y una manera nueva de ver y entender el mundo, la de Basadre amanecía con una distinta tesitura que él mismo calificó en el título de su ensayo primigenio: *Advenimiento de la emoción social*.

Su humanismo de buena ley no se expresa en la galanura, el acicalamiento o la sostenida brillantez de la prosa, poco afecta a los alardes retóricos, sino en la amplitud de sus conocimientos, en la tolerancia de su

espíritu y en la capacidad y sabiduría para convocar oportunamente las más señeras voces universales. Unas veces el Arcipreste de Hita, Miguel Cervantes o Miguel Servet, erasmitas los dos últimos, como yo llamé a Basadre en analogía acaso exagerada. Otras, Shakespeare, Henry James, Brecht. Otras, Jean Paul Sartre o André Malraux. Otras, Dostoievski. Otras, en fin, el universal poeta peruano César Vallejo. Como hombre de su tiempo amaba no sólo los libros, el teatro, la pintura, sino también el cine, el fútbol, la música criolla, las artesanías, todas las expresiones del alma de su pueblo.

Resulta ahora verdaderamente imposible ajustar el balance de una obra tan vasta y tan llena de proyecciones, cuyo saldo es a todas luces espléndido. Hasta amplios sectores extraacadémicos y extrauniversitarios del Perú y aún de otros países americanos ha llegado el mensaje de Basadre a través del libro y la revista, el periódico y la tribuna. En muchas escuelas de su país se recitan casi de memoria los párrafos o frases más fervorosas de sus semblanzas de figuras como Castilla y Piérola, Grau y Bolognesi. Muy pocos universitarios ignoran sus capítulos decisivos sobre González Prada, Francisco de Paula González Vigil, Leguía y el *oncenio*. Muchos en cambio desconocerán su revaloración de la Tristán, la autora de *Peregrinaciones de una paria*, que viene al Perú de sus abuelos; o su descubrimiento de don Diego de Peñaloza el "impostor inverosímil" de tiempos del Conde de Lemos, cuya huella huidiza busca en los archivos de Sevilla, Madrid, Simancas, y logra fijar entre la documentación de las embajadas españolas en Londres y París; personaje siniestro que aclara las relaciones del imperio hispánico con Inglaterra y Francia en el siglo XVII y que un lector desprevenido del libro de Basadre creyó que era un ente de ficción. Pero casi todos han escuchado y repetido las concisas fórmulas con que Basadre supo predicar sabiamente su mensaje: el Perú es una continuidad en el tiempo y una totalidad en el espacio; hay que discernir entre el "país legal" y el "país profundo", dicotomía que Víctor Andrés Belaúnde aprendió del regeneracionista español Joaquín Costa y que Basadre repitió con acierto y éxito; hay que salvar la brecha del "estado empírico" y del "abismo social" que todavía impide la realización plena del país como nación; y, sobre todo, hay que entender la fundación de la República, sus avatares y sus avances y retrocesos, como el mandato ineludible de realizar *la promesa de la vida peruana*. He allí el punto en que la *utopía* alcanzaba en su reflexión un sentido creador y constructivo. Aunque tuvo en veces la exagerada conciencia de su soledad, a Basadre se le leía, se le escuchaba y respetaba como a un maestro siempre lúcido que cuando no podía aportar certidumbres aportaba, con igual autenticidad y fervor, vigiliadas, perplejidades y esperanzas.

A su muerte, algunos han comparado el sentido de su obra en el Perú y América, *mutatis mutandis*, con el que tuvieron en Europa el siglo pasado las de Gibbon, Mommsen, Ranke o Michelet. Prefiero repetir ahora la asociación grata a Basadre de Tucídides, para quien la historia es siempre historia contemporánea.

Era Basadre un hombre meditativo, de figura menuda, pasos cortos, nerviosos y urgidos, mirada escrutadora lanzada al horizonte. Su vida fue la de un trabajador incansable, de un incitador cordial y generoso, con fino sentido del humor y de la ironía, que administraba con cautela. Lector omnívoro y conversador vivaz, sabía interrumpir el diálogo con risas de niño ingenuo sorprendido ante el mundo. Delataba a veces, como alguien ha observado, la profunda nostalgia de una juventud placentera desposada con la naturaleza.

Con sus grandes dotes y también con sus carencias, supo asumir casi desde adolescente una serena pasión por la historia de los pueblos que confluían en su patria: una pasión, sencillamente, por la historia. Se nutría ella de su íntima convicción de que la historia no es en esencia otra cosa que *vida humana*. Por eso con su vocación rechazó el apóstrofe tremendo de Sartre: “el hombre es una pasión inútil”. Y por eso mismo adhirió con fervor cotidianamente renovado a la confesión final del héroe de *La Peste*, la múltiple alegoría de Albert Camus: en el hombre siempre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio.

anterior. El tema acerca del cual disente
resultó audaz y en extremo vasto ;), si
bien procuré utilizar sólo las secciones
que me parecieron esenciales, tardó demasiado
tiempo en lectura.

Há hecho allí un planteamiento sobre las
masas en este país de -una fuerte tradición
^{individualista} individualista. En cuanto al problema campo -
ciudad, de tan dramático sentido en nuestra historia,
también ^{se pronunciado} de antecedentes entre nosotros.
Me había sido dable entonces conocer algo
sobre las ideas de Patrick Geddes ~~y Lewis Mumford~~
seguidas luego por Lewis Mumford, y con ellas ^{entre abrir} puede abrir horizontes
por otros no vislumbrados. Alas de que
fueron divulgadas las ideas que Marx esbozó
^{sobre} el modo de producción asiático,
fue la osadía de cuestionar el marxismo
A LA VUELTA

1. Llamada de modo de... en relación con el llamado
municipal inca; y de relación el sentido

Perú y las ciudades
prehispánicas sin cult

La Embajada de los Estados Unidos de América
y el Instituto Cultural Peruano Norteamericano

tienen el agrado de invitar a

Dr. Jorge Basadre

a la inauguración de la exposición de
grabados del artista norteamericano

Robert Rauschenberg

Galería Juan Pardo Heeren
Cusco 446
Lima

20 de julio de 1977
7:30 p.m.
Cocktail

en un
A pesar de todo, ha)

para (a) el hispanismo en un
APARTU

tipos